

And

y el

Jardín



Había una vez un gran rey que vivía en un hermoso castillo rodeado de pequeñas aldeas.



El rey amaba a su gente, y ellos lo amaban a él. A menudo, el rey visitaba las aldeas para conversar con sus súbditos y ver cómo les iba.



En una de las aldeas
vivía una niña
pelirroja llamada
Ana. Llevaba un
hermoso vestido y
cintas de colores en
el cabello.



Ana ya tenía edad para ir al colegio, pero a menudo trataba de faltar. Si podía, prefería jugar en los prados mientras los otros niños estudiaban.



Un día, el rey visitó la aldea donde vivía Ana. Quería hacer un anuncio a todos los niños. El rey deseaba saber cómo les iba en sus estudios, de modo que les pidió que se turnaran para leer el anuncio.



Cada niño leyó una porción del mensaje del rey. Algunos de los niños lo leyeron muy bien. A otros se les hizo difícil leer las palabras más largas, pero el rey los ayudó.



Cuando le tocó el turno a Ana, no fue capaz de leer ni la mitad de las palabras, pero el rey de todos modos la ayudó.

El anuncio consistía en una invitación para que los niños asistieran a una fiesta en el jardín del palacio.



La fiesta estuvo magnífica y muy entretenida. Había juegos emocionantes, muchos pasteles deliciosos y ricos jugos para beber.

Al final de la fiesta, el rey le dio un regalo a cada uno de los niños.



Ana recibió una caja decorada que contenía una bolsita llena de semillas. A Ana le sorprendió semejante regalo, al punto en que se preguntó si no se trataría de un error. Hasta que uno de sus amigos le ayudó a leer la carta que acompañaba el paquete.



Querida Ana:

*Este regalo es para ti.
Siembra estas semillas en
tu jardín. Si las atiendes
cuidadosa y pacientemente,
las semillas crecerán, y
tendrás un hermoso jardín.
Iré a visitarte para ver cómo
crece tu jardín.*

*Atentamente,
El Rey*



Al día siguiente Ana se sentó junto al río a mirar su regalo. Se preguntaba por qué le habían dado semillas cuando ella jamás en su vida había sembrado ningún jardín.

De pronto se le apareció un precioso angelito y le explicó lo que el rey quería que ella aprendiera de aquel regalo.



«Aprender algo nuevo —como leer, escribir o matemáticas— requiere tiempo, diligencia y paciencia. Sembrar y cuidar de un jardín es igual, y tomará un tiempo antes de que veas resultados. Pero si trabajas paciente y diligentemente, a su tiempo tendrás un hermoso jardín, lleno de flores hermosas».



Entonces, tan pronto como había aparecido el angelito, desapareció. Ana decidió que armaría el jardín plantando las semillas, tal como el rey se lo había indicado.



Día tras día, Ana regaba las plantas. Paso un tiempo antes de que éstas comenzaran a crecer, pero a la larga unos pequeños retoños comenzaron a brotar de la tierra. Las plantas crecieron un poquito más cada día hasta que les salieron hojas, y por fin se dejaron ver unos pequeños capullos.



Ana se puso feliz al ver que su jardín crecía tan bien. Se acordó del angelito que le había dicho que cuando plantara las semillas demorarían en crecer, del mismo modo en que aprender a leer, escribir y contar le tomó tiempo y diligencia a Ana.



Así fue que decidió aplicarse en la escuela, y comenzó a prestar atención a sus estudios. Después del colegio, se sentaba en su jardín, rodeada por unas hermosas florecillas. A menudo les leía en voz alta.



Cierto día, el rey fue a visitar a Ana a su jardín.

—¡Pero qué hermoso jardín tienes, Ana! —exclamó el rey.

—Gracias, su majestad —respondió Ana con respeto.

—También me he enterado de que estás leyendo mejor y que te está yendo bien en la escuela —agregó el rey.

Ana, contenta, hizo un gesto afirmativo con la cabeza.



—Ana, has hecho un buen trabajo con tu jardín
—continuó el rey—. ¿Te gustaría ayudar a cuidar del jardín de la reina? El jardinero del palacio podrá enseñarte muchas cosas, y además tiene varias semillas nuevas para darte, que podrás sembrar en tu jardín.

A Ana le agradó mucho lo que dijo el rey, y estuvo de acuerdo con su propuesta.



—Mi jardinero pasará a buscarte todos los martes y jueves para que lo ayudes en el vergel de la reina. Luego, con una sonrisa, el rey agregó:

—Claro está, una vez que hayas terminado tus tareas.

El rey le comentó a Ana lo orgulloso que estaba de que se hubiese mostrado dispuesta a aprender algo nuevo.



Escrito e ilustrado por Didier Martin.

Traducción: Quiti y Antonia López.

© Didier Martin, 2010. Usado con permiso.

<http://jacques-mylittlehouse.blogspot.com/>